



Das

Los carruajes eléctricos nos trasladan a través de las calles polvorientas.

Las cortinas gruesas de terciopelo nos protegen de las partículas de lodo seco que flotan en el aire, las que se adherían en mi piel cuando era una niña. Incapaz de evitarlo, espío a través de la tela. No he salido del centro de retención desde los doce años.

Las calles están delineadas por casas de un solo piso hechas de ladrillos de lodo; algunos techos están podridos o a punto de colapsar. Hay niños corriendo semidesnudos por la acera, y hombres panzones apoyados contra la pared de los callejones o sentados en taburetes, que beben licores fuertes de botellas escondidas en bolsas de papel. Pasamos por una casa de beneficencia con las ventanas y las puertas cerradas, estas últimas con candado. El domingo habrá una

fila larga en esta calle: estará llena de familias esperando recibir cualquier tipo de comida, ropa o medicinas que la realeza haya donado para ayudar a los menos afortunados. Sin embargo, sin importar cuántas provisiones envíen, nunca es suficiente.

Algunas calles más adelante, veo tres soldados alejando a empujones de la verdulería a un niño escuálido. Ha pasado mucho tiempo desde que vi a un hombre, sin contar a los médicos que nos revisan. Los soldados son jóvenes, con manos y narices grandes y hombros anchos. Dejan de acosar al niño cuando mi carruaje pasa junto a ellos, y asumen una postura firme. Me pregunto si me ven espiándolos a través de las cortinas. Las cierro con rapidez.

Somos cuatro en el carruaje, pero Raven no está aquí. Su familia vive en el otro extremo de la Puerta Sur. El Pantano es como la rueda de una bicicleta que rodea las afueras de la Ciudad Solitaria. Si alguna vez la Gran Muralla se derrumba, seremos los primeros en morir, consumidos por el terrible océano que nos rodea por completo.

Cada círculo de la ciudad, a excepción de la Joya, está dividido por dos rayos que forman una x, en cuatro distritos: Norte, Sur, Este y Oeste. En el medio de cada distrito del Pantano hay un centro de retención. La familia de Raven vive al este de la Puerta Sur; la mía, al oeste. Me pregunto si ella y yo nos hubiéramos conocido de no haber sido diagnosticadas como sustitutas.

Agradezco que nadie hable en el carruaje. Me froto la muñeca y siento el relieve duro del transmisor circular que me implantaron bajo la piel. A todas nos colocan uno antes

de visitar nuestro hogar. Solo es temporal, se disolverán en ocho horas, aproximadamente. Es el método que utiliza la Puerta Sur para hacer cumplir las reglas: no hablar de lo que sucede dentro del centro de retención. No hablar de los Augurios. No hablar de la Subasta.

El carruaje nos lleva a destino, una por una. Soy la última.

Mi cuerpo entero está temblando cuando llego a mi casa. Escucho con atención, buscando un indicio de que mi familia está allí afuera, esperándome, pero solo oigo el ruido sordo de mi pulso latiendo en mis oídos. Utilizo toda mi energía para estirar la mano y mover la manija de metal sobre la puerta del carruaje. Por un segundo ínfimo, creo que no puedo hacerlo. ¿Y si ya no me quieren? ¿Y si se olvidaron de mí?

Luego escucho la voz de mi madre.

—¿Violet? —llama con timidez. Abro la puerta.

Están parados en fila, vestidos con lo que deben ser sus mejores prendas. Me sorprendo al ver que Ochre ha crecido y es más alto que mi madre; su pecho y sus brazos son musculosos, tiene el cabello corto y la piel seca y bronceada. Debe haber conseguido trabajo en la Granja.

Mi madre parece mucho mayor de lo que recuerdo, pero su cabello sigue siendo rojo cobrizo. Tiene arrugas pronunciadas alrededor de los ojos y de la boca.

En cambio, Hazel... Hazel está casi irreconocible. Tenía siete años cuando me fui, ahora tiene once. Sus piernas y brazos son largos, y el delantal harapiento le cuelga con tristeza del cuerpo huesudo. Pero su rostro es idéntico al de

papá; tiene exactamente sus mismos ojos. Ambas tenemos el cabello largo, negro y ondulado. La semejanza me hace sonreír. Hazel se acerca con lentitud un poco hacia Ochre.

—¿Violet? —repite mi madre.

—Buenos días —digo, sorprendida por mi formalidad. Bajo del carruaje y siento el polvo grueso del pantano entre los dedos de mis pies. Los ojos de Hazel se agrandan; no sé qué pensaba que llevaría puesto, pero es probable que no esperara un camisón y una bata de baño. Ningún miembro de mi familia está usando zapatos. Me alegra que yo tampoco. Quiero sentir la tierra bajo mis pies, el polvo sucio de mi hogar.

El silencio incómodo dura un segundo, y luego mi madre da un paso torpe hacia adelante y me envuelve en un abrazo. Está muy delgada y noto una leve renguera que estoy segura que no tenía antes.

—Ah, mi niña —canturrea—. Estoy tan feliz de verte.

Inhalo su aroma a pan, sal y sudor.

—Te extrañé —susurro.

Limpia mis lágrimas y me sostiene a un brazo de distancia.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Hasta las ocho.

Mi madre abre la boca, luego la cierra con un leve movimiento de cabeza.

—Bueno, entonces aprovechémoslo al máximo —gira para ver a mis hermanos—. Ochre, Hazel, vengan a abrazar a su hermana.

Ochre se acerca con pasos largos; ¿cuándo creció tanto? Solo tenía diez cuando me fui. ¿Cuándo se convirtió en un hombre?

–Hola, Vi –dice. Después se muerde el labio, como si estuviera preocupado por hablarle a una sustituta de manera tan informal.

–Ochre, estás enorme –bromeo–. ¿Con qué te ha estado alimentando mamá?

–Mido 1,80 –dice con orgullo.

–Eres un monstruo.

Sonríe ante mi respuesta.

–Hazel –exclama mi madre–, ven a saludar a tu hermana.

Entonces ella, mi pequeña Hazel, quien solía escuchar mis canciones en la noche, comer las galletas que le llevaba a escondidas luego de que apagaran las luces, y jugar conmigo a “Ponle la joya a la corona” en nuestro patio trasero, se da vuelta y entra corriendo a la casa.



–Solo necesita un poco de tiempo –dice mi madre después de unos minutos, mientras me sirve té de crisantemo.

Pero si hay algo que no tengo, es tiempo.

Bebo un sorbo de té y hago mi mayor esfuerzo para evitar fruncir la cara. He olvidado el sabor amargo y astringente; mis papilas gustativas están muy acostumbradas al café y al jugo recién exprimido. La culpa se desliza hacia mi estómago mientras trago.

Mi madre y yo estamos en la mesa de madera, sentadas en sillas que mi padre construyó. La casa es más pequeña de lo que recuerdo. Tiene una sola habitación para la cocina y el comedor. Hay un lavabo, un pequeño hornillo

a querosén y un mueble que funciona de mesa auxiliar y tiene un gabinete para guardar platos y cubiertos. Hay un solo sillón, con el relleno a la vista en distintas zonas, y una mecedora junto a la chimenea. Mi madre tejía en esa silla. Me pregunto si aún lo hace.

–Hazel no se acuerda de mí –digo con tristeza.

–Sí que te recuerda –replica mi madre–. Solo... no como eres ahora. Es decir, por todos los cielos, Violet, mírate.

Bajo la mirada. ¿De verdad me veo tan diferente? Mis brazos son más gruesos que los de ella y mi piel tiene un tono rosado saludable.

–Tu rostro, cariño –ríe mi madre con dulzura.

Se me tensa la garganta.

–No... no he visto mi rostro por un tiempo.

–¿Te gustaría verlo ahora? –pregunta, y frunce los labios.

No puedo tragar. Mi mano se desliza dentro del bolsillo de mi bata y aprieto el anillo de mi padre.

–No –susurro. No sé por qué, pero el mero pensamiento de ver mi reflejo me aterroriza. Observo las manos de mi madre que están dobladas sobre su falda: están deformadas por la artritis y las venas azules sobresalen como si fueran ríos de un mapa topográfico.

–¿Dónde está tu anillo? –le pregunto. Sus mejillas se tornan rosadas y se encoge de hombros–. Madre –insisto–, ¿qué le sucedió a tu anillo?

–Lo vendí.

–¿Qué? ¿Por qué? –pregunto mientras siento cómo mis ojos sobresalen de sus cuencas. Me observa con expresión desafiante.

–Necesitábamos el dinero.

–Pero... –niego con la cabeza, desconcertada–. ¿Y el salario?

A las familias de las sustitutas les dan un salario anual en compensación por la pérdida de una hija.

Mi madre suspira.

–El salario no alcanza, Violet. ¿Por qué crees que Ochre tuvo que abandonar la escuela? Mira mis manos; ya no puedo trabajar tanto como antes. ¿Quieres que envíe a Hazel a las fábricas? ¿O a los huertos?

–Por supuesto que no.

No puedo creer que se atreva a sugerir eso. Hazel es demasiado joven para resistir el trabajo inhumano en la Granja, apenas tiene algo de músculo. Y jamás sobreviviría en el Humo. Me estremezco al pensar en ella operando alguna maquinaria pesada, ahogándose con el polvo que satura el aire.

–Entonces no me juzgues por cómo mantengo a esta familia. Tu padre, que en paz descanse, lo entendería. Solo es algo de oro –se pasa la mano por la frente–. Solo es algo de oro –repite en un murmullo.

No sé por qué estoy tan molesta. Tiene razón, es solo un objeto. No es mi padre.

Sujeto con fuerza su anillo por última vez, lo extraigo del bolsillo y lo apoyo sobre la mesa.

–Toma. Te lo devuelvo. De todos modos, no puedo quedármelo.

Hay algo en la mirada de mi madre mientras recoge el anillo, y entiendo cuánto le costó vender el suyo.

–Gracias –susurra.

–¿Puedo quedarme con la bata de baño? –pregunto.

Se ríe, y los ojos le brillan llenos de lágrimas.

–Por supuesto. Ahora te queda muy bien.

–Probablemente la desechen. Pero me gustaría conservarla lo más que pueda.

Extiende el brazo y aprieta mi mano.

–Es tuya. Me sorprende que te permitan visitarnos en pijama.

–Podemos usar lo que queramos. Sobre todo hoy.

El silencio se apodera de la habitación y me aplasta como una almohada, ahogando todo lo que quiero decir. Una mosca zumba en la ventana junto al lavabo. Mi madre acaricia mi mano con el dedo, su expresión distante, preocupada.

–Te cuidan bien allí, ¿verdad? –pregunta.

Me encojo de hombros y aparto la mirada. No tengo permitido hablar con ella sobre la Puerta Sur.

–Violet, por favor –dice–. Por favor, dímelo. No puedes imaginar lo difícil que ha sido. Para mí, para Hazel y Ochre. Primero tu padre y... mírate, has crecido y... me lo perdí –una sola lágrima escapa y se desliza por su mejilla–. Me lo perdí, mi niña. ¿Cómo se supone que viva con eso?

Se me hace un nudo en la garganta.

–No es tu culpa –respondo, con la vista fija en sus manos–. No tuviste otra opción.

–No –murmura mi madre–. No la tuve. Pero de todos modos te perdí. Así que por favor, dime que algo bueno ha salido de esto. Dime que tienes una vida mejor.

Desearía poder decirle que sí. Desearía poder decirle la verdad sobre los tres Augurios, los años de dolor, las pruebas interminables y las visitas médicas. Desearía decirle cuánto la he extrañado, y que hay más ternura en su dedo acariciando mi mano que en todas las cuidadoras juntas. Desearía poder decirle cuánto me encanta tocar el violonchelo y lo buena que soy. Creo que estaría orgullosa de mí si lo supiera. Creo que le gustaría escucharme tocar.

El nudo en mi garganta está tan hinchado que me sorprende que todavía pueda respirar. Mi mente se traslada con velocidad al horrible día en el que los soldados vinieron, un recuerdo tan viejo y enredado como un rompecabezas con piezas perdidas. Me veo a mí misma llorando, gritando, rogándole a ella que no permita que me lleven. Los ojos de Hazel, abiertos y suplicantes, sus manos pequeñas aferradas a mi vestido andrajoso. El destello frío del arma del soldado. Y mi madre, presionando los labios contra mi frente, sus lágrimas empapando mi cabello mientras decía: “Tienes que ir con ellos, Violet. Tienes que ir con ellos”.

De pronto, hace demasiado calor en la habitación.

—Yo... necesito aire —digo con la voz entrecortada. Empujo mi silla y salgo con paso torpe por la puerta de atrás.

El patio trasero no es más que un sector de tierra seca y césped amarillento. Pero me siento mejor cuando una brisa fresca acaricia mi piel y hace crujir las hojas del limonero que está en el centro del patio. El árbol que ni una sola vez dio un limón. ¿Cómo era la canción que cantaba mi padre?

Qué bonito el limonero,

Y qué dulce que es su flor.

Era algún tipo de analogía sobre la naturaleza peligrosa del amor, pero lo único que recuerdo pensar cuando la cantaba era las ganas que tenía de comer un limón. Fue lo primero que probé cuando llegué a la Puerta Sur. Debido a mi entusiasmo, mordí la cáscara y la acidez me sorprendió mucho.

—Te ves diferente.

Giro sobre mí misma. Hazel está sentada en una cubeta dada vuelta contra la pared de la casa. Ni siquiera la vi.

—Eso es lo que dice mamá —respondo. Mi voz suena un poco áspera.

Me observa con atención por un momento. Sus ojos son sagaces e inteligentes. Me sorprende otra vez lo parecida que es a nuestro padre.

—Dice que mañana irás a la Subasta —comenta Hazel—. Por ese motivo permiten que nos visites.

Asiento.

—Lo llaman el Día de la Verdad. Es cuando... saldas cuentas con tu pasado antes de comenzar tu futuro —no sé por qué lo dije. La frase que escuché cientos de veces de la boca de las cuidadoras tiene un sabor amargo.

Hazel se pone de pie.

—¿Eso es lo que somos? ¿Una cuenta que saldar antes de que te vayas a vivir a algún palacio de la Joya?

—No —respondo, aterrada—. No, por supuesto que no.

Forma puños con las manos y los presiona con fuerza, al igual que yo cuando estoy enojada o herida.

—¿Entonces por qué estás aquí?

Niego con la cabeza, sorprendida.

—¿Por qué...? Hazel, estoy aquí porque los quiero. Porque te extrañé. Y a mamá y a Ochre también. Los extraño todos los días.

—¿Entonces por qué no me escribiste? —grita Hazel, y se le quiebra la voz, al igual que mi corazón—. Prometiste que lo harías. “Pase lo que pase”, dijiste. ¡Esperé todos los días recibir una carta y tú nunca, pero nunca, escribiste! ¡Ni una sola vez!

Sus palabras me golpean el pecho como un puño. Pensé que se había olvidado de esa promesa. Había sido tan evidente que me sería imposible escribirle una vez que estuviese dentro del centro.

—Hazel, no pude. Nos lo prohíben.

—Apuesto a que ni siquiera lo intentaste —suelta—. Solo querías tener cosas elegantes, ropa nueva, comida fresca y agua caliente. Por eso entraste allí, lo sé, así que deja de mentir.

—Sí, me dan esas cosas. Pero ¿no crees que devolvería todo en un segundo si eso me permitiera volver a vivir contigo? ¿Y arroparte por la noche y cantarte? ¿Y hacer pasteles de lodo cuando llueve, para luego tirárselos a Ochre cuando esté distraído? —las imágenes aparecen sin detenerse y amenazan con consumirme. La vida que podría haber tenido. Pobre, sí, pero feliz—. ¿De verdad piensas que abandoné a mi familia por agua corriente y ropa? No tuve opción, Hazel. No me dieron opción.

»Todos los años festejo tu cumpleaños —le digo. Corro el riesgo de encender el transmisor, pero no me importa—.

Hago que preparen un pastel de chocolate con cobertura de vainilla, escriben tu nombre en él con glaseado verde y encienden una vela; y mi amiga Raven y yo cantamos el “Feliz cumpleaños”.

Hacemos lo mismo para el hermano de Raven y para Ochre. Hazel parpadea.

—¿De verdad?

Una lágrima rueda por mi mejilla y aterriza en la comisura de mi boca.

—A veces, te hablo cuando apagan las luces. Te cuento bromas que he oído, o historias sobre mis amigos y la vida en el centro. Todos los días te extraño, Hazel.

De pronto, acorta la distancia entre nosotras y me envuelve con los brazos. La sujeto con fuerza mientras su frágil cuerpo huesudo tiembla por los sollozos. Más lágrimas caen por mis mejillas y se pierden en su cabello.

—Pensé que no te importaba —su voz suena amortiguada contra mi bata—. Pensé que me habías abandonado para siempre.

—No —susurro—. Siempre te querré, Hazel. Lo prometo.

Me alegra tanto tener este breve momento. Sin importar lo que pase después ni lo que me depare el resultado de la Subasta, estoy agradecida de que, al menos, pude compartir este último momento con mi hermana.



Esa noche, la cena es un pequeño pato asado que es puro hueso, patatas hervidas y algunas arvejas mustias.

Me siento culpable al pensar en todas las cenas que he comido, en la infinita variedad de los productos más frescos. Y mi familia trata a esta comida humilde como si fuera un festín digno de la Electríz.

–Ochre trajo crema de la lechería– exclama Hazel, jalando mi manga–. Podemos comer helado de postre.

–Qué delicioso –digo con una sonrisa antes de pasarle las patatas a mi hermano–. ¿Así que trabajas en la lechería?

–La mayor parte del tiempo –responde Ochre, sirviéndose una gran porción de patatas en el plato; mamá le quita el recipiente antes de que pueda servirse más–. Me gusta trabajar con los animales. El capataz dice que en un año podría empezar a aprender a arar la tierra –el pecho se le hincha un poco al decirlo–. Mientras pueda seguir trabajando para la Casa de la Llama estaré feliz. Son justos con los empleados, nos dan recesos largos para tomar agua, nos hacen trabajar horas decentes y todo eso. ¿Te acuerdas de Sable Tersing? Trabaja para la Casa de la Luz y parece que son horribles. Los capataces tienen látigos y no temen usarlos, y te descuentan el sueldo si te encuentran fumando, o...

–¿Y qué hace Sable Tersing fumando? –pregunta mi madre. Ochre se ruboriza.

–No me refería a Sable, solo que...

–Ochre, lo juro por la tumba de tu padre, si alguna vez te veo con un cigarrillo...

–Madre –Ochre pone los ojos en blanco–, lo único que digo es que no es justo para los trabajadores no saber cómo los van a tratar en cada casa real. Debería haber reglas fijas, y deberían permitirnos apelar al Exetor si no se cumplen.

–Sí, claro, porque estoy segura de que el Exetor no tiene nada mejor que hacer que escuchar las quejas de unos adolescentes –dice mamá. Pero no puedo evitar sonreír.

–Suenas igual que papá –le digo a Ochre. Se rasca la nuca, avergonzado, e introduce unas patatas en su boca.

–Hacia algunas observaciones interesantes –comenta con la boca llena.

Hazel vuelve a jalarme la manga, exigiendo atención.

–Soy la mejor de mi clase en la escuela –dice con orgullo.

–Claro que sí –respondo–. Eres mi hermana, ¿o no?

Nuestra madre se ríe.

–Tú no te metiste ni en la mitad de problemas que ella. El año apenas acaba de empezar y ya ha estado involucrada en dos peleas.

–¿Peleas? –frunzo el ceño mirando a mi hermana–. ¿Con quién te has peleado, Hazel?

Ella le lanza una mirada asesina a mamá.

–Con nadie. Solo unos niños estúpidos.

–Sí, y si vuelve a suceder, tendrás que hacer quehaceres extra y no habrá juegos por una semana –dice mamá con firmeza. Hazel hace un mohín mirando el plato.

Los celos se retuercen en mi interior al escuchar la vida diaria de mi familia. Hay tanto amor alrededor de la mesa que es tangible: algo real, latente, vivo. Observo cómo discuten Ochre y Hazel, y cómo mamá los hace callar. Veo cómo hubiera encajado aquí, cómo hubiera completado esta familia.

Me posee el deseo de asegurarme de que mi madre sepa que estaré bien. Aunque ni yo misma lo crea, aunque sea

una mentira. No quiero hacer nada que ponga en peligro la felicidad en esta habitación.

—No tienen que preocuparse por mí —digo. Todos hacen silencio y me observan; tal vez no debí decirlo tan abruptamente—. Es decir... —miro a mi madre—. Estaré bien —apoya el tenedor. Me obligo a sonreír y ruego que mi expresión parezca sincera—. Mañana viviré en la Joya. ¿No es emocionante? Seguro ahí van a cuidar muy bien de mí —los ojos de Hazel se abren de par en par—. Pero deben saber... es decir... de verdad, cuánto los quiero. A todos —la voz me tiembla y bebo un sorbo de agua. Los ojos de mi madre están llenos de lágrimas y presiona la mano contra su boca—. Si hubiera alguna forma de quedarme con ustedes, lo haría. Estoy... estoy muy orgullosa de ser parte de esta familia. Quiero que lo sepan, de verdad.

Sus ojos me penetran, y de pronto ya no puedo seguir mirándolos. El fuego se extingue en la chimenea y me pongo de pie.

—El fuego se está apagando —digo, incómoda—. Traeré más leña.

Salgo de prisa por la puerta trasera y tomo una bocanada del frío aire nocturno; las manos me tiemblan.

No llores, me digo a mí misma. Si lo hago, verán cuán asustada estoy. No puedo permitir que lo vean. Deben pensar que seré feliz.

Me recuesto sobre la pared de la casa y contemplo el cielo nocturno; las estrellas resplandecen. Al menos, sin importar dónde termine, estaré bajo el mismo cielo. Hazel y yo siempre veremos las mismas estrellas.

Cuando giro hacia la pila de leña, mi mirada se posa en el limonero, plateado bajo la luz de la luna, y se me ocurre una idea.

El tercer Augurio: Crecimiento.

Me acerco a él a paso rápido y deslizo la mano sobre su corteza familiar. Dolerá, pero no me importa. Por una vez, el dolor valdrá la pena. Y sé que puedo lograrlo: soy la mejor alumna del tercer Augurio en la Puerta Sur.

Encuentro un nudo pequeño en una de las ramas y presiono mi mano contra él mientras repito las palabras en mi cabeza.

Una vez para verlo como es. Dos, para verlo en tu mente. Tres, para que obedezca tu voluntad.

Imagino lo que quiero en mi mente; el calor brota del centro de mi palma al mismo tiempo que el dolor comienza en la base de la nuca. Puedo sentir la vida del árbol, algo inquieto y titilante, y jalo de ella, como si fueran las cuerdas de una marioneta, sacándola. Un bulto pequeño se forma en mi palma y una hoja verde asoma entre mis dedos. El árbol se resiste un poco y doy un grito ahogado mientras siento cómo un fuego consume mi columna, y parece que están clavándome agujas en el cerebro; arqueo la espalda y la cabeza me da vueltas, pero he experimentado dolores peores en mis cuatro años en la Puerta Sur, y estoy decidida a lograrlo. Me obligo a concentrarme, mordiendo mi labio con fuerza para evitar gritar, y saco los hilos de vida uno por uno, como el tejido de una telaraña, manipulándolos, dándoles forma, y el bulto se agranda hasta que calza cómodamente dentro de mi mano.

Un limón.

Lo suelto, y mis rodillas ceden; las palmas golpean el suelo y permanezco doblada, jadeando. Algunas gotas de sangre salpican la tierra y me limpio la nariz con el reverso de la mano. Apoyo la frente sobre el árbol y cuento hacia atrás desde diez, tal como nos enseñó Patience, y de a poco el dolor disminuye, hasta que lo único que queda es una leve puntada detrás de mi oreja derecha. Temblando, me pongo de pie.

El limón es perfecto: su piel es de un amarillo vibrante, y su cuerpo redondo cuelga de la rama. A Hazel le encantará.

Aún siento la vida del árbol dentro de mí, y sé que también le di una parte mía a él. Este árbol ya no será estéril.

Me alejo, tomo algo de leña de la pila y regreso adentro para reunirme con mi familia.